

UTOPIA Y REALIDAD EN LA OBRA DE JEAN GIONO

por Rafael RUIZ ALVAREZ

Hace cincuenta años Jean Giono, escritor provenzal de Manosque, decidía poner en práctica una idea madurada durante mucho tiempo y repetida con obsesión en sus obras de primera etapa¹: crear una sociedad diferente a la de su época, contando sólo con los medios que le ofrecía generosamente la naturaleza. En 1935 el vocablo «gionismo» se había convertido en boca de una multitud entusiasmada en una especie de término doctrinal que muchos se aprestaron a seguir. Fue a raíz de la publicación de *Que ma joie demeure*, el veinticinco de abril de ese mismo año, cuando el novelista, alentado por el eco de su obra, se lanzó a una difícil aventura: acompañado por su íntimo amigo Lucien Jacques y por un grupo de adeptos formó una pequeña comunidad que se instaló en la meseta del Contadour². Afluyeron visitantes de todas partes y en gran número; atraídos, la mayoría, como en los grandes movimientos, por un esnobismo contagioso. Giono se había erigido en un gran predicador. Todos junto a él pretendían compartir una vida de hermandad en estrecho contacto con la naturaleza.

En las obras anteriores a 1940 arrojaba una mirada crítica a la composición de la sociedad en que vivía. Consciente del débil papel de los

(1) La fecunda producción literaria de Jean Giono abarca desde sus poemas en prosa, *Accompagnés de la flûte*, Editions de l'Artisan, 1924, hasta *L'Iris de Suse*, el mismo año de su muerte, publicado en Gallimard, 1970. Muchos críticos han considerado en su carrera literaria dos etapas bien diferenciadas, que muestran actitudes distintas ante la vida. La primera abarcaría hasta finales de la segunda guerra mundial, y es donde el autor logra transmitir su optimismo y confianza en los hombres. La segunda etapa, que se inicia en 1947 con *Noé y Un roi sans divertissement*, refleja una nueva tendencia, en la que se advierte el desencanto y cansancio de contemplar el mundo bajo la perspectiva de la esperanza, y una profundización en el estudio del alma de los hombres. Aludiremos en nuestro trabajo a las obras comprendidas en la primera manera de Jean Giono.

(2) Esta experiencia importante en la vida del autor quedó reflejada en lo que él llamó *Les Cahiers du Contadour*, escritos y publicados en Gallimard entre 1936-1939. Para una información más detallada sobre el significado de esta actitud en la personalidad y obra de Giono, consultar Heller-Goldenberg, Luce, «Jean Giono et le Contadour», en la *Revue des lettres modernes*, I, números 385-390 (1974).

seres humanos en un mundo cada vez más materialista y desenfrenado en avances técnicos, que marginan al hombre y lo neutralizan, Jean Giono asumía el oficio de pastor que busca un nuevo lugar para su rebaño, pidiendo sólo a cambio la aceptación por parte de todos sus componentes de integrarse en un universo global de cosas creadas. La naturaleza es esta sociedad anhelada. El autor se lamentaba del enorme desarrollo de las ciudades que con sus edificios excesivamente altos impedían ver los campos, los árboles y los animales; que con sus fábricas y humos intensos viciaban el aire puro que respirábamos. El odiaba las grandes poblaciones, como lo demuestra intencionadamente a través de su literatura:

«Viens, dis la bonne nouvelle autour de toi. Viens, venez tous; il n'y aura de bonheur pour vous que le jour où les grands arbres crèveront les rues, où le poids des lianes fera crouler l'obélisque et courber la Tour Eiffel»³.

En la raíz de esta honda preocupación generadora de una ideología bien definida y obsesiva en el autor, se advierte un parentesco con los presupuestos ecologistas actuales. Observaremos sobre este punto una aproximación por su parte a la realidad de nuestro tiempo. Así, el escritor Jean Plumyène⁴ contaba en 1977 la reacción algo sofisticada, protagonizada por cierto sector de la burguesía parisina, que pretendía abandonar la ciudad en un retorno forzado a la vida del campo. La idea se basaba más en una búsqueda apresurada de medios de expansión fuera de los círculos habituales de trabajo, que en un sincero deseo de entrar en contacto con la naturaleza respetando su estado. El mismo Plumyène explicaba las vivencias, que nos hacen pensar en el Contadour de Giono, de un grupo de vanguardistas seguidores de René Dumont⁵, que se habían reunido en comunidad y que se nutrían de la leche de sus propias cabras, dedicándose a las labores del campo y del artesanado.

Los personajes de las novelas de Giono eran educados frecuentemente por guías surgidos de una noche clara, sin pasado y sin ningún arraigo familiar o social, hacia una vida natural. En armoniosa convivencia con ellos se hallaban los árboles, las plantas, los ríos, los arroyos y todos los animales de la Tierra. Bobi, el personaje principal de *Que ma joie demeure*, se había convertido en portavoz del escritor y había propuesto a su vez una experiencia idéntica a la que Giono protagonizaría después.

La sociedad soñada por el novelista de Provenza tiene una base amplia: el universo:

(3) GIONO, Jean, *Solitude de la Pitié*, en *Oeuvres Romanesques Complètes*, T.I., Col. La Pléiade, Paris, Gallimard, 1971, p. 526.

(4) PLUMYÈNE, Jean, «La Pollution au village», en *Magazine Littéraire*, n.º 122, marzo 1977, p. 23.

(5) René Dumont es conocido por su espíritu crítico en materia de política agraria, preocupado enormemente por los aspectos concernientes a la agricultura y medio ambiente de los países del tercer mundo y de los regímenes socialistas. Sus presupuestos están basados en una concepción de la política bajo la óptica de una ecología socialista como único método para permitir la supervivencia del Planeta.

«Je sais bien qu'on ne peut guère concevoir un roman sans homme, puisqu'il y en a dans le monde. Ce qu'il faudrait, c'est le mettre à sa place, ne pas le faire le centre de tout (...). Un fleuve est un personnage (...) Les rivières, les sources sont des personnages: elles aiment, elles trompent, elles mentent, elles trahissent, elles sont belles, elles s'habillent de joncs et de mousses. Les forêts respirent. Les champs, les landes, les collines, les plages, les océans, les vallées dans les montagnes (...) C'est une société d'êtres vivants.»⁶

En la civilización de Giono el ser humano asume un papel distinto al que normalmente se le otorga en nuestra sociedad. Esta misma perspectiva ofrece la ecología general en tanto ciencia que estudia las relaciones de los seres vivos con su medio y entre ellos, considerando al hombre como un ser vivo al mismo nivel que cualquier animal o vegetal. Después de estas observaciones cabría, pues, la posibilidad de establecer una vinculación ideológica entre Giono y los ecologistas a la hora de interpretar la relación hombre —ser vivo— con el resto de los seres. Sin embargo, somos conscientes de que semejantes opiniones son difícilmente aceptables en nuestra sociedad, en la que se hace prevalecer, desde la tradición bíblica, el dominio del ser humano como eje del Universo y en la que se sacrifica todo por el hombre y jamás en sentido inverso. En un principio, podríamos señalar que, tanto Giono como los ecologistas, conducidos por un sentimiento de individualismo vuelven su mirada hacia un mundo diferente y de fuerte arraigo tradicional. A pesar de ello, hoy la política ha absorbido las ideas relativas a la ecología y se ha servido de ella para transformarla en intereses de partidos.

Con todo, la visión del mundo por parte de Giono es más delimitativa. Cuando él habla de «hombre» está pensando sólo en campesinos y en artesanos. Una sociedad del futuro que posee paradójicamente un origen tan antiguo y primario como la existencia humana. Todas las obras de su primera etapa (*Le Grand Troupeau*, *Jean le Bleu*, *Le Chant du Monde*, *Qua ma joie demeure*, *Regain*...) están protagonizadas por estos personajes, que permanecen aferrados con obstinación a la tierra y a su oficio. Son seres que ya no pertenecen a ninguna clase social. Han pasado a convertirse en parte de la zoología, en una subdivisión de la clase animal. Tampoco han de trabajar para ningún estado, sino para ellos mismos. Ningún patrón los vigila y no han de rendir cuentas de su trabajo. No temen a ninguna voz que les ordene, como les sucede, en *Qua ma joie demeure*, a los sembradores de la llanura Roume. El trigo que siembran estos campesinos es el mismo que el de los habitantes de la meseta Grémone, pero una gran diferencia los separa radicalmente. El fruto que van a obtener por su cosecha tiene nombres opuestos. Los primeros extenderán sus manos para recibir el dinero que han conseguido con su trabajo; para ellos, trigo equivale a dinero. Mientras tanto, los campesinos de Grémone van a recoger únicamente el alimento suficiente para vivir, sin necesidad de retribución económica.

(6) GIONO, Jean, *Solitude*... op. cit., p. 536.

Según Giono, la sociedad construida sobre el dinero es una seria amenaza que hay que destruir. Lo contrario equivale a dejarse aniquilar por ella y a perder lo más interesante del hombre: su condición de «ser natural». Algunos importantes científicos, como Konrad Lorenz, ven un grave riesgo para el hombre su actual alejamiento del medio ambiente, o, quizá más exactamente, su despreocupación por el mismo:

«Je crois qu'on n'a pas encore assez démontré à quel point la destruction de notre environnement naturel n'atteint pas seulement le monde extérieur mais l'homme lui-même, en atrophiant en lui certaines facultés que développent le contact avec la nature: son sens de l'harmonie, par exemple, en relation, selon moi, avec sa faculté de percevoir ce qui est bon et juste»⁷.

Para una mentalidad de nuestros días resulta coherente pensar que sólo la tierra puede dotar al hombre de riquezas, como consideraba Giono al afirmar en el prólogo a *Les Vraies Richesses*:

«La société construite sur l'argent détruit les récoltes, détruit les bêtes, détruit les hommes, détruit le monde véritable, détruit la paix, détruit les vraies richesses»⁸.

Estas opiniones aproximaban al autor a una postura política de auténtico ataque a las ideologías que circulaban en su tiempo. La crítica tomaba el problema del dinero como un gran símbolo referido a la sociedad capitalista. Es cierto que el escritor se opone a este tipo de sociedad, pero no es menos contundente su rechazo de lo que él llama «las otras dictaduras»: fascismo, nazismo y comunismo. Para él⁹, todas ellas atentan contra el campesino, de quien se erigen en explotadoras, unas basando su gobierno en el capital individual o de minorías; otras en el capital del Estado. Giono critica enérgicamente la doctrina comunista, y lo hace porque durante algún tiempo en su vida puso en ella grandes esperanzas como observador, aunque no como militante. Pero más tarde se daría cuenta de que sus miras

(7) TOWARNICKE, Frédéric de, «Les pionniers de l'écologie», en *Magazine Litt.* rev. cit., p. 13. Konrad Lorenz fue premio Nobel de Medicina en 1973. Está considerado por la crítica actual como uno de los pioneros de la ecología por ser el fundador de la «etología», ciencia del comportamiento animal y humano. Ha dirigido a lo largo de doce años la sección de «Estudios Comparativos del Comportamiento» en el Instituto Max Planck, continuando sus investigaciones en Austria, su país de origen.

(8) GIONO, Jean, Introducción a *Les Vraies Richesses*, en *Oeuvres Romanesques Complètes*, T. II, 1972, p. 1356.

(9) La generación de 1930 en Francia engloba a una serie de escritores deseosos de actuar sobre el mundo para transformarlo a través de su literatura. En unos años de crisis y de inquietud, en cuya atmósfera se percibe la inminente segunda guerra mundial, algunos intelectuales no se privan, al igual que Giono, de manifestar en sus obras esta preocupación por el incierto devenir de los hombres. Autores como Malraux, Céline, Saint-Exupéry..., ilustran sus páginas con recuerdos trágicos de la guerra anterior y propugnan una serie de ideas entre las que cabe destacar su afán por buscar la solidaridad de los seres humanos y la fraternidad, al mismo tiempo que la denuncia contra una situación de malestar general que se ha adueñado de una Europa enfermiza y decadente.

distaban mucho del totalitarismo. Para él, el comunismo había destruido al campesino, convirtiéndolo en obrero. Primeramente, el escritor pensaba que esta alternativa política terminaría con los problemas engendrados por la sociedad capitalista, pero el capital sólo cambió de poseedor. Por otra parte, y con posterioridad a este dato, el autor advierte que este movimiento ha manipulado a la clase trabajadora, privando al campesino de su facultad natural para transformarlo en obrero, es decir, hombre-máquina al servicio del Estado, que administra su trabajo y economía.

El novelista ha hecho gran hincapié en separar la noción de campesino con respecto a la de obrero, como podemos comprobar a través de estas palabras citadas en *Le poids du ciel*:

«La paysannerie n'est pas une classe: c'est une race. Un ouvrier gagne le gros lot à la loterie; il quitte l'usine. Un paysan gagne le gros lot: il reste à la terre; il reste paysan»¹⁰.

Giono espera del campesinado toda transformación social válida, de un campesinado libre y autónomo, pues no confía en absoluto en el poder limitado de los obreros al servicio de la técnica y del progreso. Así, vemos en *Que ma joie demeure* cómo el autor condena las exigencias de una vida sacrificada al trabajo neutro, sin fruto personal, cuando compara la labor agobiante que efectúan los campesinos de la llanura Roume con la libertad y tranquilidad de que disfrutaban los de la meseta:

«Dans la plaine de Roume, la douleur semait (...) Les semeurs marchaient dans un brouillard de poussière (...). C'était des hommes de la montagne, habitués à l'air pur et léger, (...) chaque geste était douleur»¹¹.

También existe una clara alusión de rechazo contra el progreso, cuyo motor y artífice primario es el obrero de la ciudad. En la misma obra que acabamos de citar hay un pasaje revelador: es el momento en que Randoulet abandona la meseta Grémone durante unos días para ir en busca de sereno a un lugar habitual y encuentra las cosas cambiadas a su alrededor; donde antes había un establo, ahora hay un almacén dedicado a guardar máquinas agrícolas y automóviles. El campesino se queja de este avance de la ciencia que sólo viene a perturbar la paz de la tierra y a ahuyentar el silencio de los campos.

Esta manifestación airada del escritor, frecuentemente transmitida a sus personajes, se debe al hecho de haber contemplado la experiencia amarga de seres, obreros ante todo, reducidos a la rutina, el mecanismo y la precisión. El desarrollo de las fábricas ha hecho de la clase obrera un simple número en el mundo de la producción. Ella es la única gran perdedora. Encadenada a un proceso sistemático, su participación se limita a una labor sorda e impersonal. Giono experimenta un vivo placer, expresando a través

(10) GIONO, Jean, *Le Poids du Ciel*, París, Gallimard, 1949, p. 282.

(11) GIONO, Jean, *Que ma joie demeure*, en *Oeuvres...* T. II, p. 628.

de sus personajes, con una obstinación poco común, ese profundo apego sin reservas a la tierra y a lo que es suyo:

«J'avais vu un tracteur au bord de la route. (...) «A vendre». (...) La machine, m'a dit ce paysan, ne mange pas quand elle ne travaille pas; mais quand elle travaille, elle mange des produits que je suis obligé d'acheter. (...) J'ai repris le cheval. Evidemment, lui mange tous les jours. Mais ce qu'il mange, je ne l'achète pas, je le produis»¹².

Por esta toma de posición que lo sitúa frente a los defensores del progreso y de la técnica y, más aún, por la ostentación con que la ha mantenido, el mundo de la política lo juzgó con severidad. Por un lado, aquéllos que vieron ensalzar de un modo tan persistente a la clase campesina en detrimento de todas las demás, consideraron sus escritos a la altura de un panfleto de propaganda comunista. Pero, curiosamente, una reacción muy contraria a la anterior se produciría años después, al término de la segunda guerra mundial. Por aquel tiempo, la política de Pétain, puesta totalmente en entredicho, se va a asimilar a la obra del novelista, concediéndole el valor de un ideario al estilo del Mariscal. A raíz de la declaración en contra del comunismo expuesta por Giono, se pretendió relacionar la doctrina de Pétain con algunos de los lemas expresados en las novelas del escritor, sobre todo aquellos que hacían referencia al significado de la tierra¹³.

Giono supo, a pesar de ello, mantenerse siempre fiel a sus principios. Algunos críticos, como Thierry Maulnier¹⁴, lo definen como un anarquista campesino, enamorado de la paz. Y es cierto que para el autor de *Que ma joie demeure* la única civilización válida sería aquella que estuviera compuesta por una sociedad campesina, que produjera lo necesario para su mantenimiento. Con esta idea queda excluida automáticamente cualquier tipo de dependencia, comprendida también la del Estado. Situado a este nivel de rechazo, el autor se acerca a la doctrina anarquista y produce en el lector objetivo una sensación de ilusión y de utopía. Algo más verosímil se nos presenta cuando considera que las fábricas y las ciudades, con sus múltiples avances, ponen en peligro la vida de esta civilización del campo y, de una manera más contundente, si la técnica se introduce en los dominios agrícolas; de ahí que Giono enclave a sus personajes en una total independencia. La noción de jefe o patrón no existe para ellos; ni siquiera se habla en estas tierras de pueblo o comunidad, sino de granjas aisladas.

Su propuesta lleva implícita la idea de un retorno a la civilización

(12) GIONO, Jean, *Le Poids...*, ob. cit., p. 277.

(13) Sobre este tema véase VIARD, Jacques, *Que ma joie demeure de Giono*, París, Poche Critique, Classiques Hachette, 1971, y PUGNET, Jacques, *Giono*, París, Classiques du XXe siècle, Editions Universitaires, 1955. Ambas obras contienen alusiones importantes a la política de Vichy y cómo ésta se sirvió de las ideas del escritor para lanzar su propaganda, condenando al autor a calificativos discriminatorios.

(14) MAULNIER, Thierry, «Monsieur Giono, les paysans et la guerre», en *Giono et les critiques de notre temps*, París, Garnier Frères, 1977, pp. 65-70.

primitiva, cuando aún no existía la moneda como sistema de compra y de venta y los hombres se dedicaban a las labores del campo. La necesidad de proteger sus cuerpos contra las inclemencias climatológicas y el deseo de adecuar sus vivencias, así como la oportunidad de emplear un material mínimamente aprovechable para sus tareas exigen del autor la admisión de una clase artesanal, que colabore estrechamente con los campesinos de esta sociedad primitiva. Campesinos y artesanos serían los ancestros del ciudadano de nuestros días y recobrarían así su identidad, con lo que el hombre volvería a empezar su historia.

Esto explica la actitud que adoptan, por ejemplo, los campesinos de *Que ma joie demeure*, cuando deciden repentinamente hacerse artesanos, o la postura de los personajes de *Regain*, que utilizan no solamente el sistema de autoabastecimiento, sino también el de intercambio de productos a la manera del comercio antiguo, aun conociendo el valor del dinero:

«Voilà: je voudrais te demander aussi de semence de blé. J'ai envie d'en faire un peu. Je te paye pas, je te le rends à la récolte (...) J'aimerais que tu me prêtés ton cheval un jour. Ça, si tu veux, je te le payerai comme tu voudras. Avec des sous ou en grains»¹⁵.

Los campesinos de Giono aprenden a beneficiarse de sus trabajos autónomos y, al mismo tiempo, han abolido, sin percatarse de ello, la noción de propiedad. La solidaridad los hermana en un trabajo hecho para todos ellos. Con esta idea el autor parecía pretender aunar las fuerzas de los campesinos para suprimir la propiedad privada. Para lograrlo es necesario que reine la armonía entre todos y que cada uno participe entregando cuanto pueda de sí mismo. El escritor insiste en dos premisas: unidad e intercambio. Los seres de ficción que aparecen en sus novelas de la primera época son más poderosos en la medida en que se hacen más solidarios. En ningún momento la idea de unidad conlleva componentes negativos relacionados con el concepto de masa. Las masas se hallan exentas de todo valor. Un solo individuo o un grupo muy reducido piensa por ellas. La solidaridad no es el conjunto de voluntades apagadas, sino la suma de voluntades individuales. Para lograr una sociedad justa, el escritor entiende la necesidad de una revolución, pero ésta ha de producirse a título personal. El individuo con toda libertad y con sus facultades perfectamente lúcidas es el único que puede conseguirlo. No se trata, sin embargo, de convencer a nadie, sino de que uno mismo esté persuadido de lo que hace. Ello le lleva a denunciar los errores y las intenciones de sus coetáneos y a poner en entredicho la «buena» intención de los partidos:

«Je suis l'ennemi du parti, quel qu'il soit. Je suis l'ennemi de l'agglomération et de la masse. L'homme-masse, sur lequel tant d'intellectuels s'appuient n'existe pas. Il existe celui qui commande la masse, qui dicte à la masse (...) La masse ne vaut que ce que vaut le chef»¹⁶.

(15) GIONO, Jean, *Regain*, en *OEuvres...* T. I, pp. 388-389.

(16) GIONO, Jean, *Le Poids...* op. cit., pp. 141-142.

Esta declaración pone de relieve el propósito del escritor de rechazar la idea de masa, porque al integrarse en ella el hombre se ve privado de libertad, estando obligado desde ese momento a una obediencia y a un servilismo corrosivos. También incluye en estas palabras una censura dirigida a los «jefes». Para él, «masa» y «jefe» son dos términos estrechamente ligados entre sí; uno y otro se complementan. La única postura válida para el hombre —piensa el novelista—, si pretende recuperar su valor natural, es la de suprimir su participación en una sociedad sin nombre o bien cesando de mandar a los demás. Para que las cosas que no nos agradan cambien a nuestro alrededor hace falta una revolución personal, porque la revolución de la masa no identifica a todos.

La idea de Giono es perfectamente coherente, pero parece más bien la transmisión de un sueño que el análisis real de los poderes humanos. No obstante, él cita ejemplos, como sucede en su novela *Que ma joie demeure*. En ella los campesinos de la meseta Grémone han iniciado de la mano de Bobi su revolución. En ningún momento el protagonista se erige en jefe de la comunidad. El es, más que otra cosa, un hablador de gentes; les habla no sólo con su palabra, sino que, además, lo hace con sus acrobacias y su mímica, y el resto lo escucha porque cada uno por separado está convencido de que su verdad es la de ellos también. Naturalmente, cabe pensar si este personaje, Bobi, no posee unos poderes mágicos como los de un líder, que obra con su hábil dialéctica para transmitir su conciencia. Es evidente que esos atributos brillantes de superioridad son admirables y dignos de ser seguidos y, ¿no es acaso eso mismo lo que ocurre con los héroes de la política, del espectáculo, etc.?

Detrás de sus observaciones, a veces exaltadas, se esconde un proyecto de paz extensible a toda la humanidad y en armonía profunda con el Universo. Sus ansias de pacifismo lo llevan a rechazar no solamente guerras y estados, sino incluso el mismo concepto de patria. En la sociedad de Giono el término «patria» o «patriotismo» es un agravante más que opera en contra del hombre, puesto que lo limita a una colectividad determinada. Si la nación de tal o cual individuo decide un día romper sus relaciones con otra y entrar en guerra, los miembros que pertenecen a ella se ven obligados a acudir al desastre, a colaborar en su propia perdición. Ante esta posibilidad, Giono prefiere sacrificar la patria antes de dejar de ser hombre y perder la vida en un combate inútil:

«Moi, quand je vois une rivière, je dis "rivière"; quand je vois un arbre, je dis "arbre"; je ne dis jamais "France". Ça n'existe pas.

Ah! Comme je le donnerais tout entier ce faux nom pour qu'un seul de ceux qui sont morts, le plus simple, le plus humble, vive (...).

Il n'y a pas de gloire à être Français. Il n'y a qu'une seule gloire: C'est être vivant»¹⁷.

(17) GIONO, Jean, *Jean le Bleu*, en *OEuvres...* T. II, p. 180.

Comprometidas palabras de Giono¹⁸, que permanece aferrado a la vida como su única y verdadera patria. Efectivamente, sus personajes no son en ningún momento franceses, o no tienen al menos el orgullo y la conciencia de serlo. Figuran localizados en granjas dispersas, como si el escritor quisiera que sus pequeños núcleos habitables permanecieran fuera del tiempo y cortar de este modo toda relación con un espacio inmediato. Si los accidentes geográficos que aparecen en sus obras se corresponden con los de su país es porque los conoce a la perfección y porque sabe pintarlos con una minuciosidad y un detallismo extraordinarios. El decorado ambiental en que se mueven sus personajes se repite en estas obras con una facilidad asombrosa, pero renovándose en cada una de ellas por el entusiasmo con que el novelista colorea sus descripciones. Se trata de su Provenza natal y de Manosque, su ciudad, que no son otra cosa en realidad sino esa admirable naturaleza habitada por campesinos y artesanos.

El aislamiento de estos seres, que conviven continuamente con los ríos, los bosques, los animales, de igual a igual, es sólo un símbolo. Su mensaje va dirigido a todos, derrumbando a su paso cuantas divisiones existen en la Tierra. Mientras una frontera equivale a un cerco artificial que separa a los hombres y los distingue a unos de otros, la sociedad del novelista de Provenza aglutina; por tanto, no necesita líneas separatorias ni diferencias.

En definitiva, y a modo de recapitulación, ¿cuáles son las bases de esta civilización descrita en las obras de primera etapa de Jean Giono? Como único estamento social válido, campesinos y artesanos, rodeados de un marco natural, pretenden levantar los pilares de una comunidad solidaria, sin partidos, ni clases, ni fronteras, capaz de autoabastecerse y rechazar los progresos técnicos del mundo del dinero.

Habremos de convenir que no se trata de verbalismo y sentimentalismo por parte de este humanitario escritor, sino de una conciencia realista y actual percatada de que el hombre se ha expuesto a innumerables riesgos, mientras la sociedad enfebrecida continúa inquebrantable su proceso de mecanización.

La crítica se ha mostrado sensible ante esta idea defendida tan ardorosamente. Como es habitual, las reacciones han sido múltiples y diversas. Giono ha contado con buen número de partidarios, pero también, al mismo tiempo, con no pocos detractores. Hablar con tanto calor de una sociedad distinta y pretender echar por tierra todas las teorías que entonces, en su época, estaban en vigencia era una audacia increíble, como seguiría siendo igualmente hoy. El escritor estaba convencido de que no todos iban a aceptar inmediatamente algo que, en el fondo, se presentaba como un

(18) La actitud de Giono no es exclusiva. Por el contrario, responde a una conducta propia de los escritores e intelectuales del mismo período, entre las dos guerras. A finales de los años treinta, la conciencia francesa apunta hacia un sentimiento de drama colectivo, que será interpretado de manera individualista y expresado de diversas formas, a veces violentas y contradictorias. Véase BREE, Germaine, *Littérature Française. Le XXe siècle* II, 1920-1970, Paris, Arthaud, 1978.

sacrificio. No resulta fácil —Giono hubiera pecado de pretencioso de haberlo creído de otra manera— hacer que la humanidad entera piense en la utilidad de hacerse campesina, renunciando a las múltiples comodidades que ofrecen las grandes ciudades del mundo moderno. Sin embargo, tampoco ignoraba que muchos lo seguirían debido al momento delicado que atravesaba Europa en los años precedentes a la segunda guerra mundial.

Hubo quien estimó que Giono se había equivocado al juzgar válidos los esquemas de vida propuestos por él para los sistemas actuales. El modelo de civilización presentado por el escritor les pareció completamente anacrónico. No admitieron las innumerables trabas que puso a la técnica.

Ciertos críticos, como René Brochon¹⁹, lo consideraron un simple propagandista de métodos anticuados para explotar la tierra. Según él, el novelista utilizó su literatura con el fin de exaltar lo que en realidad no dejaban de ser trabajos forzados y duros, cual son los del campesino. Su obra *Que ma joie demeure*, por ejemplo, suscitó una larga polémica que empezó por considerar que la lección transmitida en ella por Giono es difícilmente aceptable, ya que Bobi, protagonista de la novela, sólo es un vaticinador que viene a recitar los augurios de una felicidad utópica. Otro punto conflictivo es el afán con que el escritor ha elevado el mundo animal y vegetal a la misma altura que el del hombre, lo que para muchos críticos constituye una aberración contra el ser humano.

Sin embargo, existe también la corriente adversa que justifica su actitud, argumentando acerca de sus bondades, su intención sana y su piedad.

Pero, en definitiva, lo que hay de realidad en todo ello es una profunda controversia de quienes consideran a Jean Giono anticuado y prosaico y de quienes, por el contrario, admiran su espíritu crítico y celebran con júbilo los presupuestos de su doctrina²⁰.

Michel Rimet²¹, unos años después de la muerte de Giono, concede a sus teorías el calificativo de utópicas, pero matiza en qué aspectos lo son y cuáles otros se acercan a la realidad. Cuenta a este propósito sobre una comunidad campesina y artesana llamada «L'Arche», que llevaba hacia finales de los años cuarenta una vida de acuerdo con principios naturistas,

(19) Ver artículo de René BROCHON en *Action* (1945), p. 6. Para ampliar comentario sobre el mismo, consultar GIRARD, M. M., *Jean Giono, méditerranéen*, París, La Pensée Universelle, 1974.

(20) Las novelas de Jean Giono han provocado reacciones múltiples y dispares, que han contribuido a consolidar la personalidad literaria del autor, pero que, en su época, significaron duros ataques y apasionadas réplicas que le valieron en ocasiones la marginación y la cárcel. Buena muestra de esta doble corriente de detractores y partidarios es la que ofrecen los testimonios de Robert Brasillach en su artículo «Vers l'épopée hindoue» y André Rousseaux en «Jean Giono, "artiste à rebours"», quienes condenan enérgicamente la postura del escritor, y Henri Fluchère en «Réflexions sur Jean Giono», que asume el papel de su defensor, si bien, cabe señalar, que fue uno de sus fieles acompañantes en el Contadour. Todos estos artículos aparecen publicados en *Les critiques de notre temps et Giono*, París, Garnier Frères, 1977.

(21) Consultar RIMET, Michel, «Giono ou les conditions du retour à l'équilibre», *Ecrits de Paris*, 340 (1974).

próximos a los defendidos por Giono. Su fundador, Lanza del Vasto²², exigía a los miembros de su corporación una actitud netamente pacifista, un retorno a los oficios manuales y a las labores del campo tal como eran concebidas antiguamente. La diferencia esencial se halla en el hecho de que Lanza del Vasto preveía entre sus principios el culto de lo religioso, inexistente para Giono, así como un régimen vegetariano en la alimentación.

Para Michel Rimet, ambas concepciones de la vida son utópicas, aplicadas a la generalidad de los seres humanos, pero realizables de acuerdo con colectividades reducidas. No obstante, estas microsociedades señaladas por Rimet habrían de ser muy poderosas para mantenerse aisladas de la sociedad moderna y convivir, sin embargo, muy cerca de ella sin sufrir un día el atractivo o la necesidad de intercambiar ideas y propósitos²³.

Rimet expresa una voluntad firme de dar crédito a Giono, amparándose un poco en esas reacciones individualistas que van más allá de las fronteras francesas, y le otorga una posibilidad de éxito en el futuro:

«Il est possible, au demeurant, que les aberrations de notre société aboutissent à de tels excès qu'elles provoquent inévitablement une réaction et un retour violents vers des formes de civilisation tout-à-fait traditionnelle. A ce moment Giono redeviendra (...) un écrivain "d'actualité" et cessera d'être un philosophe "dépassé" et utopiste.

(...) Très belle, l'éthique de Giono a pu, répétons-le, paraître utopique à maints esprits critiques (...) mais on a souvent dit que l'utopie du présent peut devenir la réalité du demain»²⁴.

Un optimismo que, desde luego, elogiamos en el crítico, pero que nos resulta de escasa credibilidad. Quizá, los hombres no están aún preparados o suficientemente doloridos para admitir doctrinas tan idealistas; tal vez sea demasiado pedir unión a toda la humanidad. Lo que sí es cierto es que Giono no cedió nunca en su empeño, que trabajó intensamente en procurar la felicidad de los demás, que su visión del mundo estuvo alimentada por la esperanza.

Recordaremos, una vez más, y para finalizar, la experiencia de la meseta del Contadour. Ello demostró que Jean Giono no era un charlatán, que sus novelas no contenían una sarta de mentiras y de ideas inalcanzables, que sus estrellas se encontraban más cerca de la Tierra de lo que se pensaba. El escritor quiso probar que si se posee un gran tesón en realizar el proyecto, se

(22) Lanza del Vasto, nacido en Italia en 1901, de padre siciliano y madre belga, realizó estudios de Filosofía y numerosos viajes, entre los que cabe significar uno a la India, en 1936, donde conoció a Gandhi. A partir de 1939 se instaló en París. En 1948 creó la comunidad de L'Arche en Charentes.

(23) En fechas más recientes se crearon en Francia «les gîtes ruraux» y, a partir de 1968 surgieron numerosos grupos, comunidades y organismos, no religiosos y de carácter marginal, con fines paralelos y actitudes bastante semejantes a las ya propuestas por Giono en sus novelas.

(24) RIMET, Michel, «Giono ou les...», art. cit., pp. 107-112.

puede conseguir cierto éxito; la duda queda en saber si los demás aceptarán su parte en el compromiso.

El novelista elaboró por medio de su obra todo un legado para la humanidad o, como dice Henri Fluchère, «des baumes qu'on s'applique là où on a mal»²⁵, confiando en encontrar los seres capaces de levantar los cimientos de una nueva sociedad, en la que los hombres no se sientan solos y no tengan que rebelarse.

(25) FLUCHÈRE, Henri, «Réflexions...», art. cit., p. 37.